

Las experiencias académicas de los estudiantes universitarios y la clase social

Delia Langa Rosado

Departamento de Administración de empresas, Contabilidad y Sociología de la Universidad de Jaén. Paraje las Lagunillas, s/n. 23071 Jaén, España.
dlanga@ujaen.es

I.- INTRODUCCION. PLANTEAMIENTO METODOLOGICO. OBJETIVOS DE NUESTRA INVESTIGACION.

El objetivo de esta comunicación es dar a conocer los principales resultados del análisis de una investigación cualitativa sobre jóvenes universitarios que llevamos a cabo entre los cursos 1997-1998 y 2001-2002, a partir de las entrevistas semiestructuradas que realizamos a 40 estudiantes jienenses de distintas clases sociales. Este trabajo se realizó en el marco de la investigación llevada a cabo para la realización de la tesis doctoral “Los estudiantes y sus razones prácticas. Heterogeneidad de estrategias de estudiantes universitarios según clase social”, que fue defendida en el departamento de Sociología I de la Universidad Complutense en marzo del 2003, y cuya dirección estuvo a cargo del profesor D. Julio Carabaña Morales.

Nuestro propósito de partida era el de acercarnos a las “experiencias” (en el sentido de Dubet y Martuccelli (1998) de los universitarios en lo que tiene que ver con la asunción, por un lado, de un rol académico, referido a todas aquellas actividades de aprendizaje de los contenidos científicos y profesionales de la carrera, y, por otro, de un rol cultural, con el que hemos aludido a la adhesión expresiva a la cultura elaborada, en sus diversas manifestaciones (científica, artística, saber crítico...).

En el marco de estas jornadas, creemos de gran oportunidad comentar algunos de los hallazgos en lo que respecta especialmente al tema de la dedicación académica de nuestros estudiantes y a la influencia que en ella pueda tener la clase social, en tanto puede constituir una aportación a tener en cuenta en cualquier tipo de experiencia de innovación docente.

El punto de partida de nuestra investigación lo constituía la constatación, a través de datos secundarios, de que la posición de clase configuraba en buena medida la estructura de oportunidades para el joven, incluso cuando éste hubiese recorrido con éxito la sobreseleccionada carrera escolar hasta llegar a la Universidad. Los sectores populares veíamos que invierten en enseñanza universitaria en menor medida que las clases más privilegiadas, y, además, en estos sectores la opción universitaria es más elegible a medida que disminuye la duración y/o el grado de dificultad de los estudios.

A pesar de que en la decisión de venir a la Universidad la variable clase social parece tener un peso considerable, hemos de afirmar que una de las características más distintivas de los actuales estudiantes universitarios es la heterogeneidad resultante de una ampliación del sistema escolar (no a la misma velocidad ni con la misma intensidad para todas las clases). Teniendo todo esto en cuenta, considerábamos de gran interés acercarnos a la diversidad social que caracteriza a los actuales estudiantes universitarios. Aproximarnos a esta realidad desde el concepto de “clase comunitaria” (Carabaña, 1993) era uno de los propósitos más generales de nuestra investigación. Y ello porque entendíamos que esta incorporación, en tanto parte de familias con recursos desiguales, responde a distintas estrategias de reproducción social. Queríamos acercarnos a las prácticas de los estudiantes de distintas clases sociales concibiéndolos como “sujetos estratégicos”, y ubicar dichas prácticas en el lugar social desde las que se adoptan. Nuestro objetivo general era, pues, reconstruir las “razones prácticas” desde las que se adoptan (las prácticas de los sujetos), los procesos de “producción cultural” –P. Willis (1988)–, los procesos de estructuración del sentido de las prácticas de los universitarios.

Nuestro propósito tenía, por tanto, un carácter eminentemente interpretativo. Es por ello que nuestra estrategia metodológica se iba a apoyar sobre todo en el análisis de los discursos producidos por el dispositivo de la entrevista abierta.

En el diseño de la muestra intentamos variar las condiciones de producción de las entrevistas de cara a la saturación de las diferencias discursivas, poniendo especial énfasis en la posición de clase de los sujetos. Diseñamos un esquema con precisamente cuatro posiciones sociales que habíamos visto tenían comportamientos muy diferentes en lo que a tasas de acceso a la educación superior se refiere (Carabaña, 1997). Una primera clase, que se correspondería básicamente con la “clase de servicio” de Goldthorpe, la clase que, dispone de más

recursos para sus apuestas educativas, con tasas de escolarización universitaria de entre el 50 y el 70% (4 entrevistas). En la segunda de las posiciones que consideramos incluimos a los trabajadores de cuello blanco de grado bajo así como a los medianos propietarios no manuales, que envían a uno de cada tres de sus hijos a la Universidad (también ubicamos aquí a los manuales con asalariados. Hicimos en total 9 entrevistas). Introdujimos otro grupo de clases medias funcionales subordinadas y de pequeños propietarios no agrarios (también contamos con 9 entrevistados de esta categoría). Se trata de un grupo con tasas de escolarización de en torno al 25%. El grupo de clases populares, por último, no sólo quedaría constituido por las clases trabajadoras, sino que le añadimos el de los autónomos manuales y el de propietarios del campo sin asalariados (18 entrevistas). Este último grupo de clases populares es el que sustenta los porcentajes más bajos de probabilidades de ir a la Universidad: entre el 15 y el 20%, e incluso menores en el caso de los peones industriales y jornaleros del campo.

II.- RESUMEN Y COMENTARIO DE RESULTADOS.

A) A PROPOSITO DE SER JOVEN Y ESTUDIANTE UNIVERSITARIO.

Comenzaremos, sin más preámbulo, la síntesis de los resultados de nuestro análisis destacando un tema que, sin ser central en los trabajos de los que habíamos partido en el planteamiento de nuestra investigación, a nosotros pronto se nos reveló como un elemento con gran capacidad para nuclear los discursos de los estudiantes así como para ir dibujando un mapa de variantes discursivas que nos dieron bastante luz sobre las prácticas estudiantiles en lo que tiene que ver con la faceta académica que en esta ocasión nos ocupa.

Nos referimos concretamente a la mayor o menor naturalidad con que se asume la dependencia de los padres que de algún modo implica la situación de estudiante. Ello vimos que guardaba una muy estrecha relación con la manera en que el universitario interioriza la categoría social “juventud”.

En este sentido conseguimos polarizar dos tipos de discursos que, a su vez, se corresponden con posiciones sociales bastante distantes. Hemos visto, por un lado, un modo de entender los estudios universitarios en que la dependencia económica familiar que éstos pueden implicar no se asume gratuitamente. Antes bien, el peso de la deuda que esa dependencia haría contraer con los progenitores genera en este tipo de universitario una suerte de tensión que les hace tener que justificar su estatus de estudiante (en tanto que en edad laboral, sin aportar

trabajo a tiempo completo, o que permita la emancipación o al menos apunte a ella; y necesitando, por el contrario, en algún grado de los recursos familiares).

El hacer muy explícitos los costes en términos no sólo de recursos directos a emplear, sino también los costes de oportunidad, hace que los discursos se tiñan en no pocas ocasiones de un tono economicista. Incluso vemos cómo se computa como coste la suspensión de los planes de una supuesta emancipación, dado que ésta saldaría generacionalmente y de un modo definitivo la deuda con los padres.

Consideramos que la actitud legitimadora de la actividad estudiantil puede revestir formas muy diversas, que en parte nos remiten a los recursos económicos que efectivamente pueden movilizar las familias para la educación de sus hijos, pero también al grado de predisposición que éstas tengan para realizar inversiones educativas. Esto segundo que Bourdieu lo entendería como una forma de “capital cultural” -en términos de Carabaña diríamos que las apuestas educativas están inscritas en un determinado estilo de vida-, es lo que precisamente hemos intentado expresar con la idea de la vivencia en distinta medida de la carencia de legitimidad de la apuesta universitaria en sí. Aclaremos, por último, que, cuando hablamos del “déficit de legitimidad de los estudios en sí”, no queremos decir que las apuestas educativas sean para cierto tipo de estudiante ilegítimas, pues obviamente eso les haría muy probable no continuar con ellas. Lo que pretendemos dar a entender es que, para determinado tipo de universitario, la opción de continuar estudiando a unas determinadas edades no formaría parte necesariamente de la “esencia social” de la categoría de edad “juventud” (Martín Criado, 1998), tal como se define ésta desde su posición social.

Obviamente los recursos subjetivos de los estudiantes habrán de ser tenidos en cuenta. Un estudiante brillante, o al menos con los resultados necesarios para mantener una beca, es lógico no necesitará convencer a nadie de lo legítimo de su apuesta. En cualquier caso, constatamos en estos estudiantes una tendencia muy marcada a dar cuenta de sus resultados, o al menos a mostrar ostensiblemente que se es “responsable” en el trabajo académico (en el sentido de responder, de dar cuentas de su actividad a sus padres).

En cuanto a la correspondencia de este tipo de discurso con las posiciones sociales, en las familias del campo es, en efecto, donde con más nitidez se puede apreciar cómo una conducta individual de incorporación de un capital inalienable como el escolar, se hace con una cierta orientación colectiva (mirando al grupo familiar, aunque sea en forma de mala conciencia), si bien el sentimiento de deuda lo hemos apreciado en los discursos de todos los jóvenes de clases populares.

En el polo opuesto, tendríamos un tipo de estudiante que tiene perfectamente asumido el estatus de “joven” en cuanto dependiente de los recursos familiares y exento en ese sentido de responsabilidades adultas. No obstante, la dedicación a los estudios parece erigirse como la esfera en la que el joven representa su voluntad de incorporación futura al mundo laboral, y en ese sentido el estatus estudiantil parece estar de por sí investido de legitimidad, justamente al contrario que lo que veíamos entre los estudiantes con sentimiento de culpa.

Los estudios universitarios se convierten así en una meta muy estimada para las familias de estos jóvenes. Desde luego, la predisposición al estudio está muy consolidada en este tipo de estrategias familiares. De modo que el joven vive su apuesta universitaria como un derecho personal incuestionable, lo que le confiere un amplio margen de autonomía en cuanto a su manera de responder a las demandas universitarias, lo que se concreta desde luego en una mayor independencia de los resultados que la que apreciábamos en los jóvenes con sentimiento de deuda.

En sus estrategias de cara al futuro, por otra parte, la naturalización de una dilatada dependencia de la familia constituye un instrumento que ofrece garantías de que la carrera, más o menos prestigiosa, conseguida en más o menos años, con mejor o peor expediente, podrá ser revalorizada en tanto que el tiempo de prolongación de la dependencia es un tiempo de acumulación curricular que añadirá valor distintivo al simple título. Lo que de nuevo redundará en esta imagen confiada del futuro, en lo que se refiere a los resultados que se obtendrán de la inversión educativa. Un futuro que se percibe suspendido en el tiempo, pero no especialmente tamizado por la incertidumbre. Frente a un presente que de algún modo implica la negación del presente (Bourdieu, 1999) que bien podría definir la experiencia del tiempo de los “estudiantes con culpa”.

Este tipo de estudiante que hemos dado en calificar como “autocomplaciente” responde, en lo que a posición social se refiere, a un grupo de jóvenes de clases medias propietarias, profesionales o semiprofesionales, con madres con un capital escolar superior a la media. Es como si para aquellos que tienen más predisposición a asumir las inversiones en educación, esta tendencia “natural” a seguir acumulando capital escolar les otorgara una libertad de movimientos, una autonomía a la hora de disponer y recrearse en su tiempo de estudiantes, de la que carecen aquellos universitarios que necesitan de alguna manera conferir “legitimidad” a su posición de universitario. Creemos que en el

caso de los “jóvenes autocomplacientes” no hemos de considerar sólo la importancia de los recursos económicos, sino que hemos de tener muy en cuenta el peso en las estrategias educativas de estos chicos del capital cultural de los padres.

B) LA DEDICACION ACADEMICA DE LOS ESTUDIANTES.

Otro de los objetivos de nuestra investigación era el de dibujar el mapa de la diversidad de estilos de dedicación académica de los estudiantes. En esta cuestión, hemos distinguido básicamente tres estilos.

El “estudiante modelo” es el que expresa una más fuerte implicación en su rol académico, de modo que éste aparece como central y prioritario en el conjunto de sus actividades. Son estudiantes a tiempo completo, y nos dicen que hacen un uso controlado y sistemático de su tiempo en aras de su dedicación académica. Muestran un estilo de aprendizaje más “profundo”, en que se aspira a asimilar e integrar personalmente los conocimientos, a adoptar ante ellos una postura más o menos crítica, y, en fin, a que los contenidos de lo que se aprende les resulten significativos. Estos estudiantes, además, a pesar de pretender moderar sus actividades no académicas, son los que más dedican su tiempo libre a actividades formativas y culturales. Se trata de universitarios que se especializan en actividades que son intensivas en competencias, y que muestran en general un mayor compromiso con la institución universitaria, que no se reduce a las actividades más formalmente académicas con rentabilidad en cuanto a calificaciones.

Por otro lado, el que hemos dado en llamar “monstruo de oposiciones” se caracteriza por un estilo de dedicación muy especialmente preocupado por las notas y con un patrón de aprendizaje más memorístico y pasivo, muy centrado en la obtención y reproducción de apuntes y por ello con tendencia a la rutinización. Su endeble vida cultural se debe a que articula su relación con la Universidad sólo a través de aquellas actividades que resulten curricularmente provechosas.

Una tercera forma de comportamiento académico es la de los estudiantes parsimoniosos, que templan sus esfuerzos en lo que a su compromiso con los estudios se refiere a cambio de un peor expediente académico conseguido en algunos casos, además, en más tiempo. Lógicamente entre éstos predominan los aprendizajes más superficiales y fragmentarios, y los apuntes constituyen el material principal y casi único de preparación de las asignaturas. La asistencia a clase queda muy limitada a ese fin precisamente, la obtención de apuntes, de modo que es prescindible si éstos pueden obtenerse por otros medios. El estudiante que busca el

mínimo de subsistencia en realidad no constituiría más que un grado mayor en el débil compromiso académico, sobre todo en lo que se refiere al modo en que lo expresa y justifica. De una visión muy claramente credencialista de lo que significa el hecho educativo (no importa tanto el contenido de éste, sino el resultado final: la emisión-obtención de un título), entendido en el marco de un proceso de cierre social en que los profesores toman la forma de poderosos y arbitrarios evaluadores (eliminadores), su postura de distanciamiento cuando no de calculada indiferencia respecto de los requerimientos académicos (al menos de sus aspectos más formales: mostrarse estudioso, atento a lo que dicen los docentes...), parece en algunos casos actuar como una forma de resistencia a medias ante un sistema que perciben muy críticamente, pero del que esperan, no obstante, obtener la tan ansiada credencial. No es extraño, pues, que entre este grupo de estudiantes es donde más claramente se nos ha expuesto lo que hemos denominado “una tecnología del examen”, en que se puede apreciar una evidente escisión entre la búsqueda de resultados y la efectividad del aprendizaje.

En general, hemos encontrado bastante generalizada una actitud claramente estratégica o pragmática entre los estudiantes. Incluso entre los que hemos considerado “modélicos”, la preocupación prioritaria por la rentabilidad de la dedicación académica parece expresarse sin ambages, incluso cuando se contrapone a un supuesto aprendizaje más significativo y profundo. No obstante, en el “monstruo de oposiciones” es quizá donde este carácter estratégico al que aludimos cobre tintes más contradictorios, pues expresan un discurso bastante indiferente al del gusto por el conocimiento en sí propio del ethos vocacional y/o culturalista¹ que cabría suponer a un universitario comprometido con su rol académico. En el universitario parsimonioso, de otro lado, la débil dedicación a los estudios corre pareja a expresiones de un instrumentalismo escolar consecuentes con esa moderada y a veces distante preocupación por cumplir con las exigencias curriculares mínimas. Ahora bien, es entre los estudiantes que exhiben con mayor rotundidad un discurso credencialista sobre la formación universitaria donde con menos precauciones se expresa una concepción alejada de cualquier forma de expresión no sólo “culturalista” sino a veces ni tan siquiera comprometida con los estudios. Parece como si el entender que la institución universitaria en realidad no fuera más que una

¹ Nos referimos a la adhesión al discurso desinteresado del valor del saber en sí mismo, en sus diversas manifestaciones, tanto profesionales y científicas, como culturales. Obviamente para nosotros el referente es el “heredero” de Bourdieu y Passeron (1967), si bien nuestras conclusiones no hacen sino apuntar cómo las notas que caracterizarían a este “estudiante ideal” aparecen en pocos universitarios e, incluso en estos casos, bastante matizadas.

mera emisora de credenciales (sin correspondencia formativa real) les hiciera (¿causa o justificación?) adoptar una pose de relativa indiferencia ante sus requerimientos, más cuanto menor utilidad curricular real tuvieran éstos.

Hemos visto, por otra parte, cómo estos estilos de dedicación se hallan recorridos por las dos formas de decisión de venir a la Universidad y elegir estudios: un primer modo contingente y/o azaroso, y evitador del fracaso, por un lado; y un modo más “naturalizado”, por otro. En el primero venir a la Universidad no ha sido nunca algo planificado con antelación y con lo que en todo momento se hubiese contado. A veces se aducen motivos azarosos (una “manía de mi madre”, por ejemplo) y en muchos casos los prometedores resultados de la etapa pre-universitaria como motivo para justificar el hecho de emprender la vía de los estudios superiores. De otro lado, se eligen estudios pensando más en las garantías de poderlos concluir (fáciles, cortos) que en sus gustos o preferencias. Se trata de un modo de conformación de aspiraciones que tiende a evitar el fracaso (en la terminología de K. Lewin, 1969; aversión al riesgo, en los términos más economicistas de los teóricos de la acción racional; elecciones en negativo o procesos de “autoderrota” o “desinversión”, desde una tradición en la línea de la reproducción cultural).

Con la referencia a un modo más naturalizado queremos decir que hay estudiantes para los que no fue necesario argumentar su opción universitaria. Siempre tuvieron claro que tras las enseñanzas medias continuarían con la superior, dado que era lo normal en su ambiente (familia, amigos, instituto), incluso en casos de jóvenes que no dudan en presentarse a sí mismos como “malos estudiantes”. Y es que creemos que estas formas de elección nos están revelando los distintos grados de legitimidad que para las familias tienen las apuestas educativas.

Estos dos modos de elección pensamos tienen mucho que ver, en efecto, con el tema de la mayor o menor necesidad de justificar el estatus estudiantil, como etapa de prolongación de la dependencia de los padres, y en ese sentido con la posición de clase del estudiante. Podemos de hecho apreciar cómo todos nuestros universitarios del tipo “monstruo de oposiciones”² se caracterizan por ser electores del tipo contingente y evitador del fracaso. Por otra parte, en los tipos “estudiante modelo” y “estudiante parsimonioso” y “del mínimo”, podemos apreciar que los universitarios que responden a este mismo patrón de elección son los que más viven la necesidad de justificar moralmente su apuesta universitaria, y son, a su vez, los que se caracterizan por proceder de familias con más bajo estatus en lo que se

² Todos ellos son del tipo estudiantes con sentimiento de deuda y, por tanto, de orígenes populares.

refiere a capital económico y/o cultural.

En muchos de estos casos, sobre todo aquellos que desarrollan carreras demoradas, hemos visto, de otro lado, que la realización de algún trabajo o ayuda familiar actúa como actividad que legitima la apuesta estudiantil al tiempo que confiere cierta autonomía con respecto a la familia, lo que a su vez retroalimenta la endeble dedicación académica que les caracteriza. El compaginar algún tipo de dedicación laboral con los estudios, no obstante, no siempre responde a una necesidad económica en sentido estricto. Hemos visto hay casos en que se trata de una solución más simbólica (sobreidentificación moral con los padres) y/o identitaria (al margen de las sanciones académicas, que pueden vivirse de un modo estresante), que realmente pragmática. Y es que, en general, en estos jóvenes que viven un fuerte sentimiento de deuda, encontramos una mayor dependencia de los resultados académicos, tanto en las elecciones iniciales, como acabamos de ver, como a lo largo de la propia carrera escolar.

III:- A MODO DE CONCLUSIÓN.

Con nuestro trabajo hemos pretendido, en pocas palabras, identificar las condiciones de reconocimiento de una supuesta “identidad juvenil”, en lo que toca a las estrategias educativas de los universitarios. Es decir, cómo el ser a la vez joven y universitario es vivido, adquiere un sentido, responde a una “esencia social”, de un modo diferente para las distintas posiciones sociales. Nos movemos, pues, en el plano de la construcción de identidades y en como estas pueden interactuar favoreciendo o limitando las oportunidades educativas, muy en la línea de Archer y otros (2003).

Queremos finalmente destacar cómo precisamente esta heterogeneidad en los modos en que se construye la categoría de edad “joven” nos está informando sobre formas muy diferentes de valorar, construir, y negociar la opción de realizar estudios universitarios. Para las clases populares hemos visto que esta decisión está estrechamente implicada con una apuesta promocionista que pasa por una evidente dependencia de los logros académicos, tanto en las elecciones iniciales – lo cual pensamos explica mucho de la desigualdad en las actuales tasas de escolarización universitaria- como a lo largo de toda la carrera –lo que, por ejemplo, da lugar a conductas como la de plantearse la necesidad de compaginar los estudios con algún tipo de dedicación laboral en caso de deficientes resultados-. Por el contrario, para aquellos jóvenes para los que estudiar en la Universidad siempre se dio por supuesto, los estudios no necesitan del ejercicio de justificación

que sí veíamos en las clases más bajas, por lo que viven sus estrategias, incluso cuando éstas son claramente ociosas, de un modo más desenvuelto y sobre todo más independiente de los resultados.

Hemos analizado, en este sentido, la divisoria que en las experiencias académicas introduce la tipología sobre los modos de entrada en la Universidad y elección de estudios, y que en gran medida nos remite a la disponibilidad de recursos económicos y culturales de las familias y a los grados de legitimidad que desde diferentes posiciones sociales cobran las apuestas educativas. Por ello, aunque los estilos de estilos de dedicación académica que hemos descrito (salvo en el tipo “monstruo de oposiciones”), no sean homogéneos desde el punto de vista de las clases sociales, no obstante, consideramos que éstas constituyen un elemento que no podemos perder de vista a la hora de describir el contexto en que se enmarcan los distintos modos de dedicación a los estudios. Si bien la clase social del joven no determina las trayectorias escolares ni el tipo de titulación que se curse (variables éstas que pueden incidir muy directamente en el tipo de dedicación), sí puede ejercer sobre ellas una influencia considerable. El tipo de carrera, insistimos, por la relación que hemos descrito entre patrones de elección y clase social. Y la trayectoria escolar por el mayor o menor peso que los resultados académicos puedan tener tanto en las elecciones de estudios como en las decisiones a lo largo de la carrera universitaria. Hemos visto cómo hay quienes eligen y desarrollan carreras académicas nunca puestas en duda, independiente de las trayectorias previas y de las dedicaciones actuales, siendo a veces unas y otras más bien poco exitosas. Los jóvenes pertenecientes a familias de más bajo estatus socioeconómico y cultural, por el contrario, tienden a elegir más buscando en las trayectorias escolares previas argumentos que avalen decisiones orientadas a evitar posibles fracasos, así como a utilizar más los resultados académicos de sus actuales carreras como forma de conferir legitimidad a su estatus de estudiante.